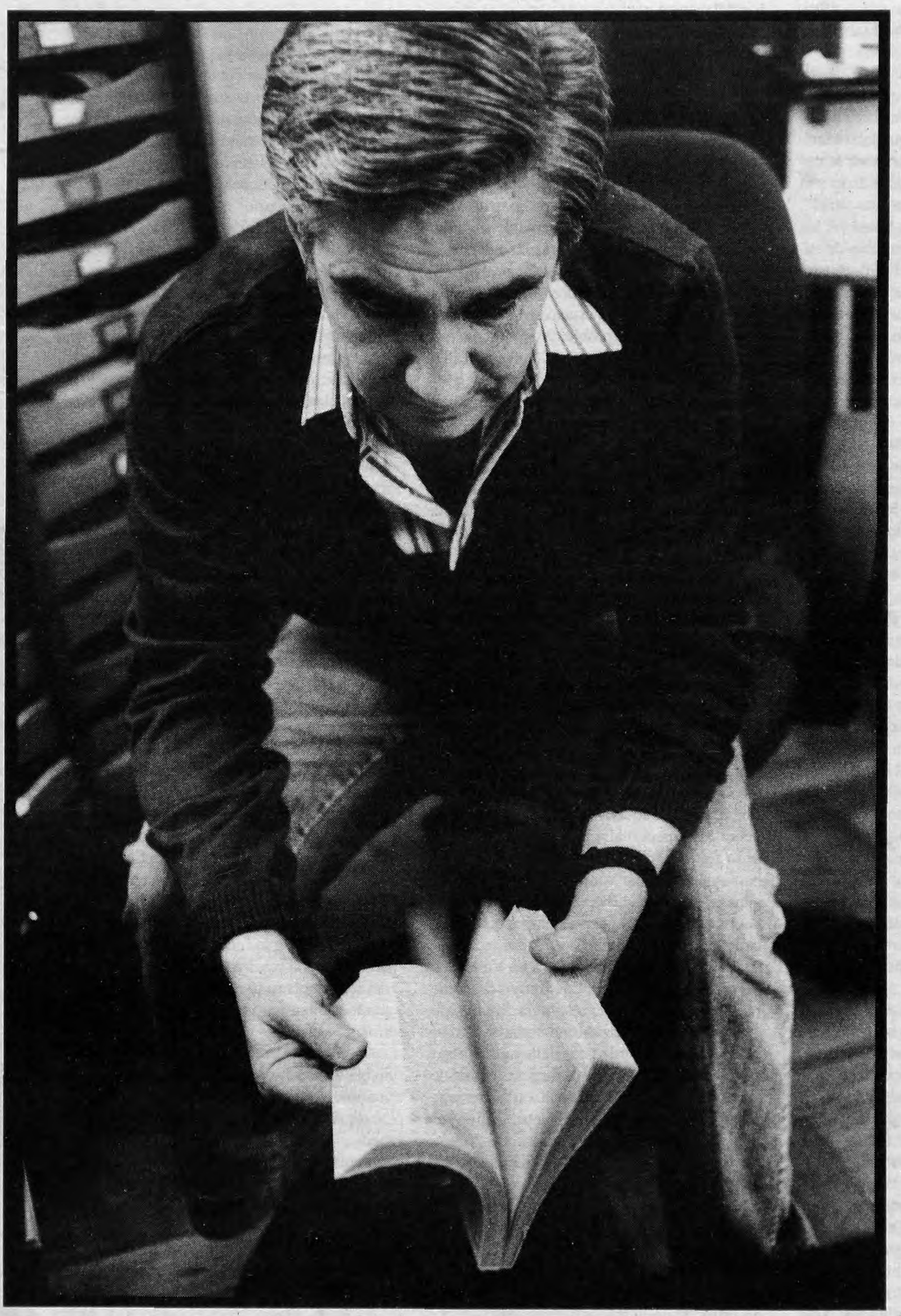
BELGRANO RAWSON



Quemá esas cartas

Escribir cartas, cartas, cartas, con estilográficas, pluma o lápiz, da lo mismo. Cartas comprometidas y comprometedoras, cartas pidiendo que corten cabezas, que liberen presos, que levanten barricadas, que ataquen, que se entreguen, que renuncien, que se vayan. Cartas, cartas y más cartas. La historia argentina está llena de cartas, llena de patriotas y traidores que en algún momento de su vida deben ponerlo todo en pocas líneas, apremiados, perseguidos, condenados, a punto,de ser fusilados. Cartas que, como escribe Eduardo Belgrano Rawson, "se convertían en cazabobos de acción retardada que hacían volar a sus remitentes". Hacía falta tener mucha suerte para "morir de viejo en la cama y con las cartas atadas con una cinta y el escritorio ordenado". Pedidos expresos de que las cartas sean destruidas, quemadas, hechas trizas, pulverizadas. Cartas que salen a flote, como cadáveres. Cartas firmadas alambicada, barrocamente. Cartas que apenas llevan las iniciales. Cartas que carecen absolutamente de firma. Cartas de una escritura perfecta. Cartas con faltas ortográficas terribles. Cartas y más cartas. La historia argentina está repleta de cartas marcadas.

Presentación de Guillermo Piro

Noti[...] secret[...] Ame[...]

Por Eduardo B[...]

De modo que una galera criolla estaba tan lejos de los *mail coaches* británicos como de aquí al paraíso. ¿Cómo hallar un tipo en La Rioja que aceptara ir de librea y supiera tocar la corneta a la llegada del coche? ¿Cómo hacerlo responsable del horario al estilo de Birmingham, que servía para arreglar tu reloj al paso de la diligencia? ¿De dónde sacar un cochero que a la hora de la partida ya no estuviera mamado? ¿Cómo tener caballos que no vivieran fugándose a la querencia? ¿Cómo lograr que en la Posta del Lobatón te recibieran con algún saludo y una sopa caliente sobre la mesa?

Y sin embargo viajabas. Te largabas una y otra vez a la aventura, confiado en que sólo aquellos caminos le darían por fin a tu vida el sabor que le estabas reclamando.

Ninguna galera llegó a cobijar tanta desdicha como la berlina de estancia que recibió al coronel Dorrego durante su última hora de vida. Este pasó el tiempo que le quedaba escribiendo aceleradamente unas cartas en la penumbra de los asientos. Le habían dado una hora para morir. "¿Nada más que una hora?", clamó Dorrego amargado. ¡Por Dios! ¡A los desertores en batalla, a los salteadores de caminos les daban un poco más! Pidió un cura con urgencia y trazó las primeras líneas. "Mi querida Angelita: En este momento me intiman que dentro de una hora debo morir ..." Su mano volaba sobre la hoja. Quería unos funerales sencillos. A su mujer le recomendaba que tratara de ser feliz. Estas palabras salieron del corazón. Pero la cabeza de un condenado a muerte es un ciclón caribeño, sobre todo cuando pretende arreglar sus asuntos en apenas veinte minutos. ¿A quién le debía plata? ¿Quiénes le debían a él? "Todos los documentos están en la cómoda ... Calculo que Azcuénaga me debe como tres mil pesos ... A Manuela, la mujer de Fernández, le darás trescientos pesos."

A otra gente no le escribió. Por ejemplo, ya no se molestó en reclamarle clemencia al nuevo gobernador. Se trataba del viejo Bruno. Dorrego le había mandado otra carta antes de conocer la sentencia. En ese momento pasaba por una etapa de inexplicable optimismo. Es típico en los recién derrocados. Se acabaron las presiones, estás lleno de planes para el futuro. Te gustaría volver a los días en que tomabas mate con tu señora junto a la mesa de la cocina. Pero a Bruno esta carta no le hizo ninguna gracia. Dorrego solicitaba que lo dejaran exiliarse en los Estados Unidos. Pensaba que Bruno tenía los suficientes contactos para lograrlo. Pero Bruno se limitó a entregarle la carta al jefe de los golpistas, sugiriéndole tibiamente que mostrara misericordia.

Hacía mucho calor. Dorrego estaba escribiendo en cueros adentro de la berlina, pues acababa de entregar su chaqueta al coronel Lamadrid para que éste la hiciera llegar a su esposa. La chaqueta tenía cosido un escudo con la siguiente leyenda: "Yo salvé a la Patria". Era un viejo recuerdo de Chile, cuando Dorrego sofocó un motín sarraceno junto a los granaderos del Indio. Pero deseaba morir dignamente y solicitó una nueva chaqueta al coronel Lamadrid. Este salió corriendo a buscarla. Dorrego agregó unas líneas para sus hijas. A su Angelita le mandaba su anillo; a Isabel, los tiradores que ella le había bordado para el cumpleaños. Sólo eso podía darles, pues la soldadesca lo había limpiado. Escribió:

Mi vida, educa a esas amables criaturas, sé feliz, ya que no has podido conseguirlo en compañía de tu desgraciado
Manuel.

Era el gobernador legítimo de Buenos Aires y los restantes gobernadores lo habían nombrado para que les manejara sus asuntos ante otros países del mundo. Pasaba por su mejor momento político, pero un general sublevado se disponía a matarlo. De este modo reflexionaba Dorrego cuando sintió que abrían la puerta de la berlina. Era el cura que venía a confesarlo. Un cura y un block de papel era todo lo que había logrado arrancarles a sus verdugos, se dijo el Coronel mientras firmaba de apuro su última carta a Angelita.

Lo fusilaron por unas cartas. Eso se dijo toda la vida. Es decir, por las cartas que llovieron sobre el general sublevado apenas consiguió derrocar a Dorrego. Casi todas solicitaban la cabeza del gobernador. Había una, en particular, que dejaba a La Valle prácticamente sin argumentos. Prescindamos del corazón, indicaba su remitente; hay que cortar la cabeza principal de La Hidra. Firmado: Salvador María del Carril. Lo cual lo convertía en el acto en autor intelectual del asesinato. El problema era que con tanto asalto al correo, las cartas se convertían a veces en cazabobos de acción retardada que hacían volar a sus remitentes. Había que tener una endiablada suerte política para morir de viejo en la cama y con las cartas atadas con una cinta y el escritorio ordenado.

Luego de instigarlo al asesinato, Del Carril sugirió a La Valle que fraguara un Consejo de Guerra. Desde luego, el remitente no dejaba de consignar que las cartas debían destruirse. Pero reaparecieron treinta años más tarde y en el momento más inoportuno: cuando el ex gobernador sanjuanino ya era presidente de la Suprema Corte. Su publicación desató un escándalo.

¿Es posible que Del Carril hubiera mandado esas cartas? Bueno; mayores vilezas se han visto. ¿De verdad las escribió? Eran dos cartas: a una le faltaba la firma y la segunda sólo tenía sus iniciales. Sus amigos juraron que jamás se practicó una pericia caligráfica. Mostraron otra incongruencia: mientras Del Carril tenía una ortografía atroz, aquellas cartas eran perfectas. ¿Pero acaso necesitaba La Valle que lo instigaran a algo? Desde Ituzaingó venía gritando que había que terminar con Dorrego. Acababa de ganarle la guerra al Brasil. Y los generales que vuelven de ganar la guerra siempre quieren sacarle la cabeza a alguien.

Después lo mataron también a La Valle, pero las cartas sobrevivieron. Los amigos del General sospechaban que les resultaría difícil explicar ciertas cosas, de modo que cuidaron bien sus papeles. A decir verdad, La Valle murió menos solo que su antigua víctima. Su gente cubrió decenas de leguas por Humahuaca solamente para impedir que la cabeza del General cayera en manos de sus enemigos y la clavaran en una pica. Cuando el cadáver se descompuso, lo carnearon junto a un arroyo y siguieron adelante.

Una carta en manos dudosas era lo más parecido a una bala perdida. Las cartas daban vueltas extrañas y era preciso vivir alerta. Cuando Urquiza resolvió derrocar a Rosas, mandó un puñado de cartas anunciando la primicia. Entre los primeros destinatarios figuraba su amigo don Nazario Benavídez, el gobernador de San Juan. El sobre cayó en las manos del gobernador de Salta, quien rápidamente lo hizo llegar al Restaurador. Poco tiempo más tarde, don Nazario recibía la carta de Urquiza con las debidas disculpas. El Restaurador no se había molestado en leerla, como lo demostraban sus lacres intactos. A don Nazario le volvió el alma al cuerpo. Semejantes delicadezas eran prácticamente desconocidas. Por lo general, esas cartas interceptadas te costaban la cabeza.

A continuación, tres tristes Dramas de la Ruta.

- A bordo de una galera emprendió Manuel Belgrano su última travesía humillante. Le quedaban catorce meses de vida. Venía de Tucumán gracias al único amigo que conservaba: José Celedonio Balbín, que le prestó para el viaje. El General estaba tan achacado que en las escalas nocturnas era preciso llevarlo alzado a la cama. En una posta de Córdoba, apenas tocó las sábanas, le pidió a su ayudante que llamara al encargado. Este gritó desde la cama: "Dígale al general Belgrano que estamos a la misma distancia. Si quiere hablar conmigo que venga a verme a mi cuarto". Al día siguiente, el General siguió hacia Luján.

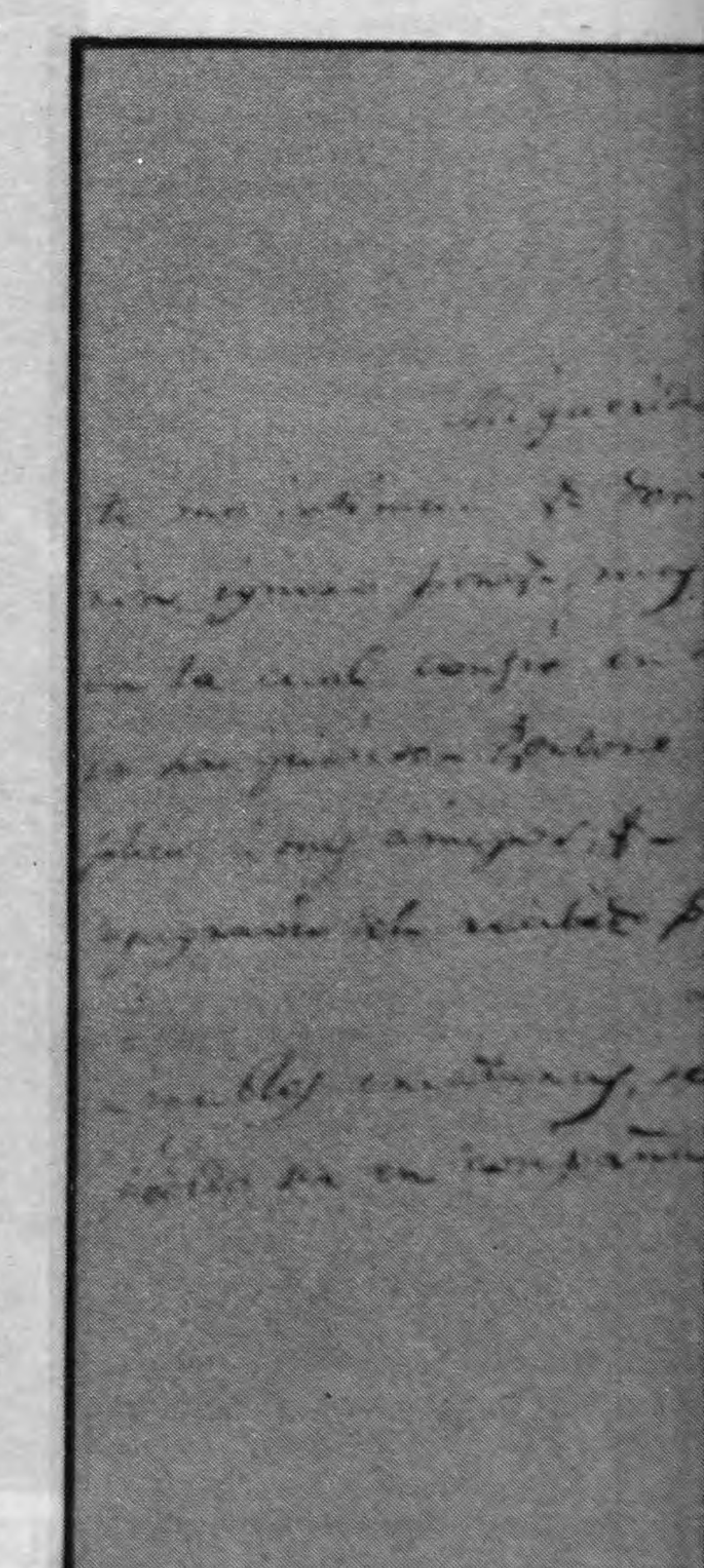
Todos sus repliegues aciagos parecían desembocar allí. Recordó su pasaje anterior por Luján. Lo habían despedido del ejército y el gobierno le preparaba un Consejo de Guerra. Al pasar por Santiago, su viejo camarada Dorrego le había tendido una emboscada sangrienta: disfrazó de capitán general al loco Maguna y lo paseó por el pueblo montado en un burro para darle la bienvenida.

Dorrego estaba en Santiago desterrado por orden del Indio. La razón del castigo era precisamente Belgrano, degradado a coronel por culpa de su derrota en la batalla de Ayohuma. El Indio organizó una reunión para uniformar las voces de mando. El Indio gritaba la orden que debía repetir cada jefe, uno detrás del otro y siempre en el mismo tono. El Indio tenía una gran voz de barítono con resonancias de sargento tropero que le hubiera servido perfectamente para ganarse la vida en cualquier escenario del mundo. Que no era el caso del general Belgrano. Cuando le tocó el turno a éste, Dorrego soltó la risa. El Indio lo reprendió secamente y empezaron otra vez. Belgrano repitió la orden y Dorrego volvió a tentarse. Entonces el Indio agarró un candelabro pesado y descargó un golpe terrible sobre la mesa. La ronda empezó nuevamente y ahora Dorrego mantuvo la compostura, pero pronto fue desterrado a Santiago.

El Indio no toleraba que le tomaran el pelo a Belgrano. En esos días estaba librando una batalla desesperada para salvarle la cabeza. Se cansó de repetirle a la Junta que el procesamiento de un general resultaría nefasto para la moral del ejército, pero todo fue en vano y Belgrano partió a Buenos Aires a disculparse de sus derrotas.

Ahora volvía a repetir aquel viaje, sólo que ya le quedaba muy poco. Murió a las siete de la mañana, cuando empezaba el invierno de la anarquía. Ese día Buenos Aires tuvo tres gobernadores; apenas un diario publicó su muerte; al entierro fueron tres gatos ..., todas las cosas, en fin, que has venido escuchando desde que entraste a la escuela. Pero al menos lo sepultaron bajo el piso de la iglesia. Como no alcanzaba para una lápida, su hermano volvió corriendo a su casa y trajo el mármol de la cómoda que les había dejado su madre.

(Ochenta años después el gobierno lo exhumó a toda orquesta. Esta vez la concurrencia superó todos los cálculos. Una muchedumbre col-



Noticias secretas de América

Por Eduardo Belgrano Rawson

De modo que una galera criolla estaba tan lejos de los *mail coaches* británicos como de aquí al paraíso. ¿Cómo hallar un tipo en La Rioja que aceptara ir de librea y supiera tocar la corneta a la llegada del coche? ¿Cómo hacerlo responsable del horario al estilo de Birmingham, que servía para arreglar tu reloj al paso de la diligencia? ¿De dónde sacar un cochero que a la hora de la partida ya no estuviera mamado? ¿Cómo tener caballos que no vivieran fugándose a la querencia? ¿Cómo lograr que en la Posta del Lobatón te recibieran con algún saludo y una sopa caliente sobre la mesa?

Y sin embargo viajabas. Te largabas una y otra vez a la aventura, confiado en que sólo aquellos caminos le darían por fin a tu vida el sabor que le estabas reclamando.

Ninguna galera llegó a cobijar tanta desdicha como la berlina de estancia que recibió al coronel Dorrego durante su última hora de vida. Este pasó el tiempo que le quedaba escribiendo aceleradamente unas cartas en la penumbra de los asientos. Le habían dado una hora para morir. "¿Nada más que una hora?", clamó Dorrego amargado. ¡Por Dios! ¡A los *desertores en batalla, a los salteadores de caminos* les daban un poco más! Pidió un cura con urgencia y trazó las primeras líneas. "Mi querida Angelita: En este momento me intiman que dentro de una hora debo morir ..." Su mano volaba sobre la hoja. Quería unos funerales sencillos. A su mujer le recomendaba que tratara de ser feliz. Estas palabras salieron del corazón. Pero la cabeza de un condenado a muerte es un ciclón caribeño, sobre todo cuando pretende arreglar sus asuntos en apenas veinte minutos. ¿A quién le debía plata? ¿Quiénes le debían a él? "Todos los documentos están en la cómoda ... Calculo que Azcuénaga me debe como tres mil pesos ... A Manuela, la mujer de Fernández, le darás trescientos pesos."

A otra gente no le escribió. Por ejemplo, ya no se molestó en reclamarle clemencia al nuevo gobernador. Se trataba del viejo Bruno. Dorrego le había mandado otra carta antes de conocer la sentencia. En ese momento pasaba por una etapa de inexplicable optimismo. Es típico en los recién derrocados. Se acabaron las presiones, estás lleno de planes para el futuro. Te gustaría volver a los días en que tomabas mate con tu señora junto a la mesa de la cocina. Pero a Bruno esta carta no le hizo ninguna gracia. Dorrego solicitaba que lo dejaran exiliarse en los Estados Unidos. Pensaba que Bruno tenía los suficientes contactos para lograrlo. Pero Bruno se limitó a entregarle la carta al jefe de los golpistas, sugiriéndole tibiamente que mostrara misericordia.

Hacía mucho calor. Dorrego estaba escribiendo en cueros adentro de la berlina, pues acababa de entregar su chaqueta al coronel Lamadrid para que éste la hiciera llegar a su esposa. La chaqueta tenía cosido un escudo con la siguiente leyenda: "Yo salvé a la Patria". Era un viejo recuerdo de Chile, cuando Dorrego sofocó un motín sarraceno junto a los granaderos del Indio. Pero deseaba morir dignamente y solicitó una nueva chaqueta al coronel Lamadrid. Este salió corriendo a buscarla. Dorrego agregó unas líneas para sus hijas. A su Angelita le mandaba su anillo; a Isabel, los tiradores que ella le había bordado para el cumpleaños. Sólo eso podía darles, pues la soldadesca lo había limpiado. Escribió:

Mi vida, educa a esas amables criaturas, sé feliz, ya que no has podido conseguirlo en compañía de tu desgraciado
Manuel.

Era el gobernador legítimo de Buenos Aires y los restantes gobernadores lo habían nombrado para que les manejara sus asuntos ante otros países del mundo. Pasaba por su mejor momento político, pero un general sublevado se disponía a matarlo. De este modo reflexionaba Dorrego cuando sintió que abrían la puerta de la berlina. Era el cura que venía a confesarlo. Un cura y un block de papel era todo lo que había logrado arrancarles a sus verdugos, se dijo el Coronel mientras firmaba de apuro su última carta a Angelita.

Lo fusilaron por unas cartas. Eso se dijo toda la vida. Es decir, por las cartas que llovieron sobre el general sublevado apenas consiguió derrocar a Dorrego. Casi todas solicitaban la cabeza del gobernador. Había una, en particular, que dejaba a La Valle prácticamente sin argumentos. *Prescindamos del corazón, indicaba su* remitente; hay que cortar la cabeza principal de La Hidra. Firmado: Salvador María del Carril. Lo cual lo convertía en el acto en autor intelectual del asesinato. El problema era que con tanto asalto al correo, las cartas se convertían a veces en cazabobos de acción retardada que hacían volar a sus remitentes. Había que tener una endiablada suerte política para morir de viejo en la cama y con las cartas atadas con una cinta y el escritorio ordenado.

Luego de instigarlo al asesinato, Del Carril sugirió a La Valle que fraguara un Consejo de Guerra. Desde luego, el remitente no dejaba de consignar que las cartas debían destruirse. Pero reaparecieron treinta años más tarde y en el momento más inoportuno: cuando el ex gobernador sanjuanino ya era presidente de la Suprema Corte. Su publicación desató un escándalo.

¿Es posible que Del Carril hubiera mandado esas cartas? Bueno; mayores vilezas se han visto. ¿De verdad las escribió? Eran dos cartas: a una le faltaba la firma y la segunda sólo tenía sus iniciales. Sus amigos juraron que jamás se practicó una pericia caligráfica. Mostraron otra incongruencia: mientras Del Carril tenía una ortografía atroz, aquellas cartas eran perfectas. ¿Pero acaso necesitaba La Valle que lo instigaran a algo? Desde Ituzaingó venía gritando que había que terminar con Dorrego. Acababa de ganarle la guerra al Brasil. Y los generales que vuelven de ganar la guerra siempre quieren sacarle la cabeza a alguien.

Después lo mataron también a La Valle, pero las cartas sobrevivieron. Los amigos del General sospechaban que les resultaría difícil explicar ciertas cosas, de modo que cuidaron bien sus papeles. A decir verdad, La Valle murió menos solo que su antigua víctima. Su gente cubrió decenas de leguas por Humahuaca solamente para impedir que la cabeza del General cayera en manos de sus enemigos y la clavaran en una pica. Cuando el cadáver se descompuso, lo carnearon junto a un arroyo y siguieron adelante.

Una carta en manos dudosas era lo más parecido a una bala perdida. Las cartas daban vueltas extrañas y era preciso vivir alerta. Cuando Urquiza resolvió derrocar a Rosas, mandó un puñado de cartas anunciando la primicia. Entre los primeros destinatarios figuraba su amigo don Nazario Benavídez, el gobernador de San Juan. El sobre cayó en las manos del gobernador de Salta, quien rápidamente lo hizo llegar al Restaurador. Poco tiempo más tarde, don Nazario recibía la carta de Urquiza con las debidas disculpas. El Restaurador no se había molestado en leerla, como lo demostraban sus lacres intactos. A don Nazario le volvió el alma al cuerpo. Semejantes delicadezas eran prácticamente desconocidas. Por lo general, esas cartas interceptadas te costaban la cabeza.

A continuación, tres tristes Dramas de la Ruta.

• A bordo de una galera emprendió Manuel Belgrano su última travesía humillante. Le quedaban catorce meses de vida. Venía de Tucumán gracias al único amigo que conservaba: José Celedonio Balbín, que le prestó para el viaje. El General estaba tan achacado que en las escalas nocturnas era preciso llevarlo alzado a la cama. En una posta de Córdoba, apenas tocó las sábanas, le pidió a su ayudante que llamara al encargado. Este gritó desde la cama: "Dígale al general Belgrano que estamos a la misma distancia. Si quiere hablar conmigo que venga a verme a mi cuarto". Al día siguiente, el General siguió hacia Luján.

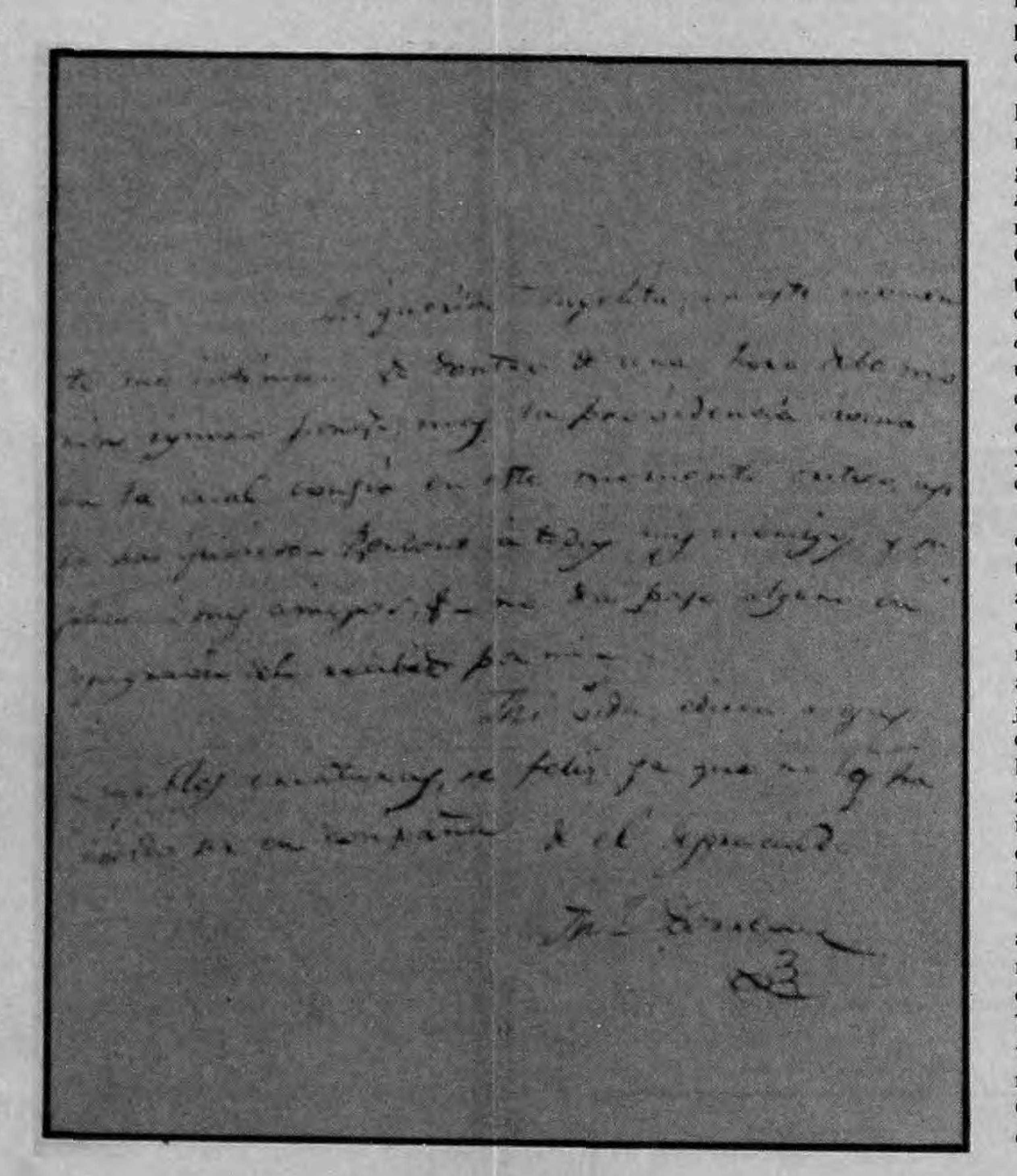
*Todos sus repliegues aciagos parecían desem*bocar allí. Recordó su pasaje anterior por Luján. Lo habían despedido del ejército y el gobierno le preparaba un Consejo de Guerra. Al pasar por Santiago, su viejo camarada Dorrego le había tendido una emboscada sangrienta: disfrazó de capitán general al loco Maguna y lo paseó por el pueblo montado en un burro para darle la bienvenida.

Dorrego estaba en Santiago desterrado por orden del Indio. La razón del castigo era precisamente Belgrano, degradado a coronel por culpa de su derrota en la batalla de Ayohuma. El Indio organizó una reunión para uniformar las voces de mando. El Indio gritaba la orden que debía repetir cada jefe, uno detrás del otro y siempre en el mismo tono. El Indio tenía una gran voz de barítono con resonancias de sargento tropero que le hubiera servido perfectamente para ganarse la vida en cualquier escenario del mundo. Que no era el caso del general Belgrano. Cuando le tocó el turno a éste, Dorrego soltó la risa. El Indio lo reprendió secamente y empezaron otra vez. Belgrano repitió la orden y Dorrego volvió a tentarse. Entonces el Indio agarró un candelabro pesado y descargó un golpe terrible sobre la mesa. La ronda empezó nuevamente y ahora Dorrego mantuvo la compostura, pero pronto fue desterrado a Santiago.

El Indio no toleraba que le tomaran el pelo a Belgrano. En esos días estaba librando una batalla desesperada para salvarle la cabeza. Se cansó de repetirle a la Junta que el procesamiento de un general resultaría nefasto para la moral del ejército, pero todo fue en vano y Belgrano partió a Buenos Aires a disculparse de sus derrotas.

Ahora volvía a repetir aquel viaje, sólo que ya le quedaba muy poco. Murió a las siete de la mañana, cuando empezaba el invierno de la anarquía. Ese día Buenos Aires tuvo tres gobernadores; apenas un diario publicó su muerte; al entierro fueron tres gatos ..., todas las cosas, en fin, que has venido escuchando desde que entraste a la escuela. Pero al menos lo sepultaron bajo el piso de la iglesia. Como no alcanzaba para una lápida, su hermano volvió corriendo a su casa y trajo el mármol de la cómoda que les había dejado su madre.

(Ochenta años después el gobierno lo exhumó a toda orquesta. Esta vez la concurrencia superó todos los cálculos. Una muchedumbre colmó el atrio de Santo Domingo. Algunos especulaban sobre el aspecto que ofrecería Belgrano cuando levantaran la losa del piso. Pero descubrieron con estupor que el General ya no estaba. Los militares presentes dijeron que se trataba de un sabotaje y alejaron a los mirones. Pero continuaron removiendo con delicadeza, hasta que surgieron algunos huesos. El trabajo corrió por cuenta de un escultor renombrado que contaba con herramientas muy finas. Pero la gente estaba decepcionada, pues todo lucía insignificante. Del ataúd sólo quedaban unos clavitos. Los huesos fueron depositados solemnemente en una bandeja de plata. Sin embargo, la ceremonia resultó empañada por la actitud del ministro de Guerra y el ministro del Interior, que fueron vistos por los periodistas cuando se llevaban disimuladamente al bolsillo los dientes del General. Los diarios alborotaron mucho con esto, haciendo constar que aquellos dientes eran sagrados y que debían ser restituidos al patriota que menos había comido con los dineros de la nación. De modo que los ministros devolvieron todos los dientes.)



• Segundo Drama de la Ruta:

Un coche de alquiler llegó hasta el Club del Progreso con un cadáver a bordo. Era el cuerpo de un socio que acababa de suicidarse por el camino. Como el cochero no había oído el disparo, permaneció algunos minutos aguardando su descenso. Por fin bajó del pescante y abrió la puerta del coche. El pasajero estaba caído en su asiento. Era Leandro Alem, jefe de los radicales, que venía de sufrir una grave derrota. Tenía un balazo en el cráneo y aún conservaba el arma en la mano. Se había suicidado por el camino. En el bolsillo asomaba una carta, donde pedía disculpas por las molestias. Había querido morir entre amigos.

Una tristeza mortal descendió sobre el club. El salón de lectura quedó vacío. Sobre los sillones podían verse algunos ejemplares desperdigados de la *Revue des Deux Mondes* y *The Ilustrated London News*. *En el comedor sucedía lo* mismo. Había dos o tres mesas abandonadas. Quedaban los pocillos de café, alguna servilleta en el suelo, una fuente sin tocar con *mignons* de *Chevreuil Suzeraine* y la mitad de un *sorbet à la princesse*. Lejos, en la cocina, resoplaba una marmita, mientras en la secretaría aullaba el teléfono. Todo el mundo se hallaba abajo, rodeando la mesa ovalada de la biblioteca. Aquí yacía el consocio Leandro Alem, sin acento y con eme, según rezaba su ficha.

Nadie se toma el trabajo de ir a morir a su club, de modo que Alem debió haberse visto realmente desesperado para elegir este sitio. Una de las actividades normales de la masa societaria era desollar periódicamente al hijo del mazorquero Leandro Antonio Alén, con acento y sin eme, ajusticiado oportunamente en la Plaza Mayor *junto a Ciriaco Cuitiño, el jefe de la policía se*creta de Rosas. Con una gran diferencia, según los socios más informados: mientras Cuitiño afrontó la sentencia con dignidad y cubrió de insultos a sus verdugos, el padre del caudillo opositor estaba quebrado y tuvieron que llevarlo alzado hasta el sitio del fusilamiento.

Alem debió haber pasado mil veces, camino al Club del Progreso, frente al cuartel general mazorquero que frecuentaba su padre. Era una casa de la calle Suipacha pintada de borravino. También tuvo que pasar a menudo por otra cueva del terrorismo de Estado: el edificio de Corrientes y Cerrito, antiguo domicilio de Julián González Salomón, vicepresidente de la Sociedad Popular Restauradora. Leandro conocía estos barrios desde que iba a la escuela. Pero después de la ejecución los rumores sobre su padre crecieron de tal manera que se mudaron de casa. Al poco tiempo su madre anunció otro cambio: el retoque del apellido.

Leandro Alem, sin acento y con eme, dejó varias cartas de despedida. A su hermana Tomasa le puso: "Era vivir deprimido o morir". Leandro había estado presente durante la ejecución de su padre. La plaza rebasaba de gente. Su padre era hemipléjico, por eso le costó llegar al cadalso. "No es cierto que tuvo miedo", sostuvo siempre su otra hermana Marcelina, que luego sería la madre del presidente Yrigoyen. Al oírla, Luisa fumaba en silencio. Era la mayor de todos, la que se convirtió en amante del clérigo Cesareo González, el preceptor de Leandro, para darles de comer a sus hermanos.

Leandro tenía diez años el día que ejecutaron a su papá. Había llegado a la Plaza en compañía de sus hermanos. Alguna gente miraba compadecida a esos chicos que pugnaban por acercarse a la horca. Nadie les había dicho que debían estar allí. Lo hicieron mecánicamente, por si el padre precisaba algo. Los padres siempre andan solicitando que les alcancen alguna cosa. A Leandro le tocó llevar a Francisco, que *acababa de cumplir veinte meses. Francisco era* bastante pesado. A Leandro lo regañaron por no haberle tapado los ojos, pero Francisco parecía lejos de todo, como si pensara que el padre estaba ocupado en algo, tal vez haciendo un trabajo, alguna clase de acrobacia extraña. Luego volvieron juntos a casa. Marcelina se apoderó del bebé, mientras Leandro quedaba atrás y seguía caminando con Luisa. Cuando cruzaron Corrientes, ella lo tomó de la mano. A Leandro le gustaba muchísimo la mano de aquella chica. Por un momento se le antojó que tenía nuevamente en los dedos el tibio apretón de su padre. Se acordó de la vez que había estado junto a su viejo en el Gran Desfile de la Victoria. Fue a las pocas semanas de la caída de Rosas. Las tropas llegaron por la calle Florida. El general vencedor marchaba delante con un sombrero de copa. *Su padre le mostró al anciano general La*madrid y a los veteranos del Monasterio que todavía quedaban vivos. Los granaderos del Indio se veían realmente viejos. Luego su padre le posó la mano en el cuello y Leandro lo tomó de la cintura. Se quedaron en la esquina hasta que pasó la última fila del Ejército Grande de Sudamérica.

¿Por qué su padre no había huido de Buenos Aires?, quiso saber Leandro mientras volvían a casa con sus hermanos. ¿Por qué había aplaudido a las tropas? ¿Acaso no era la misma gente que luego lo ejecutó? Luisa no supo qué contestarle. Ahora le tocaba cargar con Francisco, que terminaba de quedarse dormido.

• Ultimo Drama de la Ruta:

*Fray Mamerto dormitaba en una galera cuan*do recibió las primeras punzadas que horas después lo llevarían a morir en Posta del Suncho. Era un día de cuarenta grados. Sus acompañantes lo bajaron del coche y lo tendieron sobre un cuero de vaca. Más tarde, postrado bajo las frías constelaciones que pendían sobre el desierto, Fray Mamerto musitó la última plegaria.

Sentía el mismo gusto en la boca de otra vez que se descompuso. Pensó que necesitaba una manzanilla para vomitar lo que había comido en La Rioja. Luego se puso la mano en el corazón. Este le había durado algo más de lo previsto. Al asumir el obispado de Córdoba, le había dicho a su hermano: si Dios no lo dejaba seguir como fraile, moriría en poco tiempo. De modo que Fray Mamerto aprovechó aquel momento para encargarle su corazón a Odorico. Le dio instrucciones precisas. Para los cordobeses, su cuerpo y a Catamarca, su corazón.

Habían pasado tres años desde el encuentro con Odorico. Ahora venía de arreglar un entuerto en La Rioja. Resulta que el cementerio del pueblo estaba dividido en dos partes: una para las almas que morían sin confesarse y otra para las que partían en regla. Ahora que el obispo de Córdoba veía llegar la muerte, le hubiera gustado encontrarse entre las almas habilitadas. Sus compañeros de viaje lloraron. Llevaba puesto el sayal franciscano desde que tenía memoria. Era una promesa de su familia, cuando fue desahuciado por los doctores a poco de llegar al mundo. Sus padres pasaron la noche rezando. Ya no sabían qué dar por la vida del pequeño. Juraron que le harían llevar el hábito de San Francisco mientras Dios les conservara el aliento. De modo que Fray Mamerto no recordaba otra ropa. Una mañana, cuando tenía cinco años, su mamá entró con él a la escuela y lo puso en manos de la maestra. A partir de entonces, en cada recreo, el franciscanito era rodeado por la mitad del colegio. Hacía falta un alma de acero para no largarse a llorar a los gritos en medio de aquellos malvados, pero a Fray Mamerto jamás se le ocurrió rezongar por el sayal diminuto que su madre le ponía cada mañana entre lágrimas y besos.

El infarto concluyó su labor al día siguiente, cuando el obispo reposaba en Posta del Suncho. Aquella noche lo velaron los lugareños. Al otro día una galera lo llevó hasta Recreo, donde su cuerpo fue transbordado al tren que iba hacia Córdoba. Por una vez en la vida, Fray Mamerto viajaría en primera. En la estación Avellaneda lo esperaba gente del alto clero con un suntuoso servicio fúnebre, pero el cuerpo se había hinchado a tal punto que no pudieron meterlo en el ataúd. De modo que Fray Mamerto, lo más parecido a un santo que pudiera pedirse en las In*dias, fue sepultado en un ataúd barato junto* a la pequeña capilla de la estación.

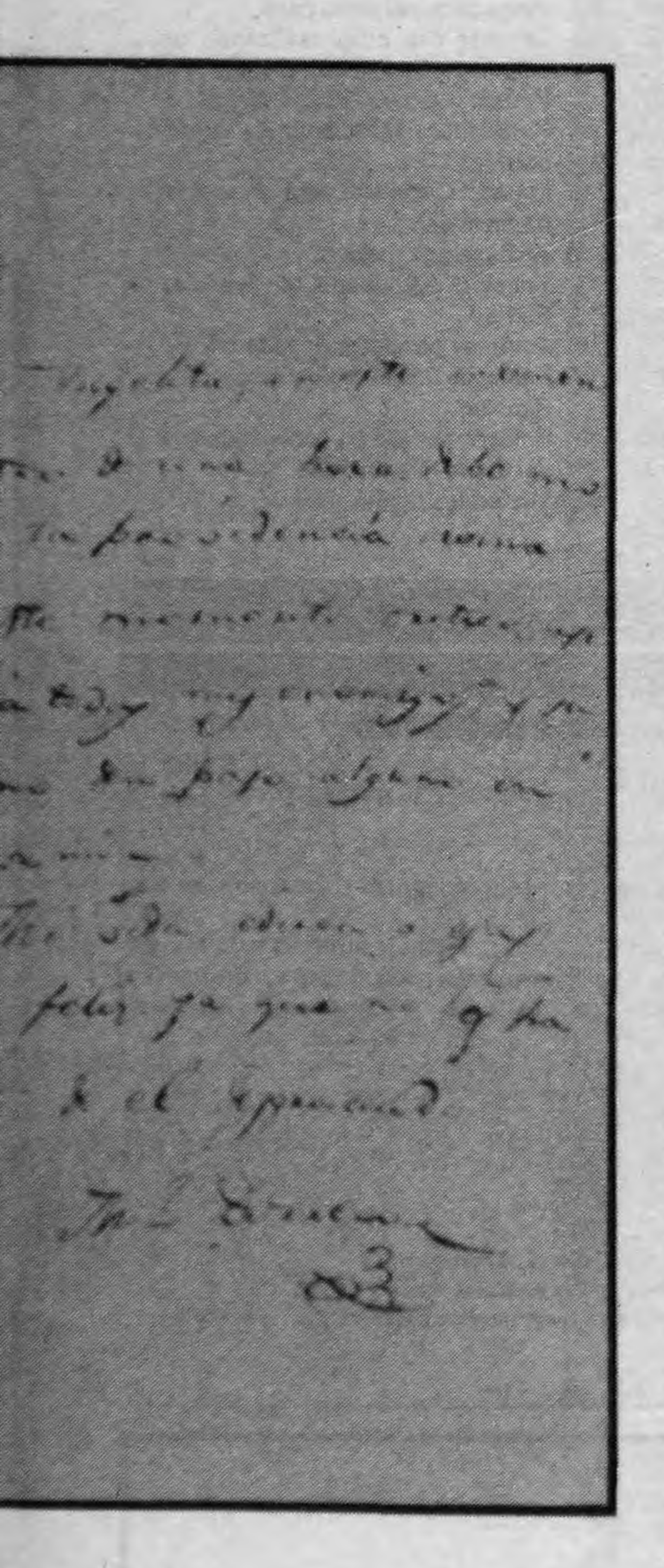
¿Eso era todo? ¿Así terminaba el camino de aquel hombre venerado que era humilde de veras y llegó a desdeñar el arzobispado de Buenos Aires y que sólo aceptó el cargo de obispo de Córdoba porque el Papa se lo mandó? "Sáquenlo de ahí", ordenó el Presidente. Al día siguiente abrieron la sepultura. Fray Mamerto fue conducido hacia Córdoba para ser embalsamado.

De paso le hicieron la autopsia. Un insidioso rumor corría por la república. Decían que Fray Mamerto había muerto por culpa de una sobredosis de arsénico. ¿Quiénes eran los asesinos? Facciones de la propia Iglesia de Córdoba, si te dejabas llevar por los chismes. Sin embargo el patólogo no halló nada raro y entregó el corazón a Odorico. *El hermano* de Fray Mamerto tomó la galera hacia Catamarca, decidido a cumplir su promesa. Llevaba el corazón del obispo en una canasta de mimbre que no quiso destapar en todo el viaje. Al embalsamador se le había ido la mano con el ácido tartárico y el corazón estaba prácticamente negro. Cuando se supo que Odorico estaba en el pueblo, los catamarqueños lloraron de júbilo. El corazón fue llevado con grandes honores hasta el convento de San Francisco. (Cien años después lo robaron y luego apareció nuevamente. Nadie podría saber qué habría llevado a esos ladrones a quedarse con el corazón del obispo.) ■

Fragmento de Noticias secretas de América, de Eduardo Belgrano Rawson, Planeta (1998).

cias
tas de
érica

elgrano Rawson



mó el atrio de Santo Domingo. Algunos especulaban sobre el aspecto que ofrecería Belgrano cuando levantaran la losa del piso. Pero descubrieron con estupor que el General ya no estaba. Los militares presentes dijeron que se trataba de un sabotaje y alejaron a los mirones. Pero continuaron removiendo con delicadeza, hasta que surgieron algunos huesos. El trabajo corrió por cuenta de un escultor renombrado que contaba con herramientas muy finas. Pero la gente estaba decepcionada, pues todo lucía insignificante. Del ataúd sólo quedaban unos clavitos. Los huesos fueron depositados solemnemente en una bandeja de plata. Sin embargo, la ceremonia resultó empañada por la actitud del ministro de Guerra y el ministro del Interior, que fueron vistos por los periodistas cuando se llevaban disimuladamente al bolsillo los dientes del General. Los diarios alborotaron mucho con esto, haciendo constar que aquellos dientes eran sagrados y que debían ser restituidos al patriota que menos había comido con los dineros de la nación. De modo que los ministros devolvieron todos los dientes.)

● Segundo Drama de la Ruta:

Un coche de alquiler llegó hasta el Club del Progreso con un cadáver a bordo. Era el cuerpo de un socio que acababa de suicidarse por el camino. Como el cochero no había oído el disparo, permaneció algunos minutos aguardando su descenso. Por fin bajó del pescante y abrió la puerta del coche. El pasajero estaba caído en su asiento. Era Leandro Alem, jefe de los radicales, que venía de sufrir una grave derrota. Tenía un balazo en el cráneo y aún conservaba el arma en la mano. Se había suicidado por el camino. En el bolsillo asomaba una carta, donde pedía disculpas por las molestias. Había querido morir entre amigos.

Una tristeza mortal descendió sobre el club. El salón de lectura quedó vacío. Sobre los sillones podían verse algunos ejemplares desperdigados de la *Revue des Deux Mondes* y *The Illustrated London News*. En el comedor sucedía lo mismo. Había dos o tres mesas abandonadas. Quedaban los pocillos de café, alguna servilleta en el suelo, una fuente sin tocar con *mignons de Chevreuil Suzeraine* y la mitad de un *sorbet à la princesse*. Lejos, en la cocina, resoplaba una marmita, mientras en la secretaría aullaba el teléfono. Todo el mundo se hallaba abajo, rodeando la mesa ovalada de la biblioteca. Aquí yacía el consocio Leandro Alem, sin acento y con eme, según rezaba su ficha.

Nadie se toma el trabajo de ir a morir a su club, de modo que Alem debió haberse visto realmente desesperado para elegir este sitio. Una de las actividades normales de la masa societaria era desollar periódicamente al hijo del mazorquero Leandro Antonio Alén, con acento y sin eme, ajusticiado oportunamente en la Plaza Mayor junto a Ciriaco Cuitiño, el jefe de la policía secreta de Rosas. Con una gran diferencia, según los socios más informados: mientras Cuitiño afrontó la sentencia con dignidad y cubrió de insultos a sus verdugos, el padre del caudillo opositor estaba quebrado y tuvieron que llevarlo alzado hasta el sitio del fusilamiento.

Alem debió haber pasado mil veces, camino al Club del Progreso, frente al cuartel general mazorquero que frecuentaba su padre. Era una casa de la calle Suipacha pintada de borravino. También tuvo que pasar a menudo por otra cueva del terrorismo de Estado: el edificio de Corrientes y Cerrito, antiguo domicilio de Julián González Salomón, vicepresidente de la Sociedad Popular Restauradora. Leandro conocía estos barrios desde que iba a la escuela. Pero después de la ejecución los rumores sobre su padre crecieron de tal manera que se mudaron de casa. Al poco tiempo su madre anunció otro cambio: el retoque del apellido.

Leandro Alem, sin acento y con eme, dejó varias cartas de despedida. A su hermana Tomasa le puso: "Era vivir deprimido o morir". Leandro había estado presente durante la ejecución de su padre. La plaza rebasaba de gente. Su padre era hemipléjico, por eso le costó llegar al cadalso. "No es cierto que tuvo miedo", sostuvo siempre su otra hermana Marcelina, que luego sería la madre del presidente Yrigoyen. Al oírla, Luisa fumaba en silencio. Era la mayor de todos, la que se convirtió en amante del clérigo Cesareo González, el preceptor de Leandro, para darles de comer a sus hermanos.

Leandro tenía diez años el día que ejecutaron a su papá. Había llegado a la Plaza en compañía de sus hermanos. Alguna gente miraba compadecida a esos chicos que pugnaban por acercarse a la horca. Nadie les había dicho que debían estar allí. Lo hicieron mecánicamente, por si el padre precisaba algo. Los padres siempre andan solicitando que les alcancen alguna cosa. A Leandro le tocó llevar a Francisco, que acababa de cumplir veinte meses. Francisco era bastante pesado. A Leandro lo regañaron por no haberle tapado los ojos, pero Francisco parecía lejos de todo, como si pensara que el padre estaba ocupado en algo, tal vez haciendo un trabajo, alguna clase de acrobacia extraña. Luego volvieron juntos a casa. Marcelina se apoderó del bebé, mientras Leandro quedaba atrás y seguía caminando con Luisa. Cuando cruzaron Corrientes, ella lo tomó de la mano. A Leandro le gustaba muchísimo la mano de aquella chica. Por un momento se le antojó que tenía nuevamente en los dedos el tibio apretón de su padre. Se acordó de la vez que había estado junto a su viejo en el Gran Desfile de la Victoria. Fue a las pocas semanas de la caída de Rosas. Las tropas llegaron por la calle Florida. El general vencedor marchaba delante con un sombrero de copa. Su padre le mostró al anciano general Lamadrid y a los veteranos del Monasterio que todavía quedaban vivos. Los granaderos del Indio se veían realmente viejos. Luego su padre le posó la mano en el cuello y Leandro lo tomó de la cintura. Se quedaron en la esquina hasta que pasó la última fila del Ejército Grande de Sudamérica.

¿Por qué su padre no había huido de Buenos Aires?, quiso saber Leandro mientras volvían a casa con sus hermanos. ¿Por qué había aplaudido a las tropas? ¿Acaso no era la misma gente que luego lo ejecutó? Luisa no supo qué contestarle. Ahora le tocaba cargar con Francisco, que terminaba de quedarse dormido.

● Ultimo Drama de la Ruta:

Fray Mamerto dormitaba en una galera cuando recibió las primeras punzadas que horas después lo llevarían a morir en Posta del Suncho. Era un día de cuarenta grados. Sus acompañantes lo bajaron del coche y lo tendieron sobre un cuero de vaca. Más tarde, postrado bajo las frías constelaciones que pendían sobre el desierto, Fray Mamerto musitó la última plegaria.

Sentía el mismo gusto en la boca de otra vez que se descompuso. Pensó que necesitaba una manzanilla para vomitar lo que había comido en La Rioja. Luego se puso la mano en el corazón. Este le había durado algo más de lo previsto. Al asumir el obispado de Córdoba, le había dicho a su hermano: si Dios no lo dejaba seguir como fraile, moriría en poco tiempo. De modo que Fray Mamerto aprovechó aquel momento para encargarle su corazón a Odorico. Le dio instrucciones precisas. Para los cordobeses, su cuerpo y a Catamarca, su corazón.

Habían pasado tres años desde el encuentro con Odorico. Ahora venía de arreglar un entuerto en La Rioja. Resulta que el cementerio del pueblo estaba dividido en dos partes: una para las almas que morían sin confesarse y otra para las que partían en regla. Ahora que el obispo de Córdoba veía llegar la muerte, le hubiera gustado encontrarse entre las almas habilitadas. Sus compañeros de viaje lloraron. Llevaba puesto el sayal franciscano desde que tenía memoria. Era una promesa de su familia, cuando fue desahuciado por los doctores a poco de llegar al mundo. Sus padres pasaron la noche rezando. Ya no sabían qué dar por la vida del pequeño. Juraron que le harían llevar el hábito de San Francisco mientras Dios les conservara el aliento. De modo que Fray Mamerto no recordaba otra ropa. Una mañana, cuando tenía cinco años, su mamá entró con él a la escuela y lo puso en manos de la maestra. A partir de entonces, en cada recreo, el franciscanito era rodeado por la mitad del colegio. Hacía falta un alma de acero para no largarse a llorar a los gritos en medio de aquellos malvados, pero a Fray Mamerto jamás se le ocurrió rezongar por el sayal diminuto que su madre le ponía cada mañana entre lágrimas y besos.

El infarto concluyó su labor al día siguiente, cuando el obispo reposaba en Posta del Suncho. Aquella noche lo velaron los lugareños. Al otro día una galera lo llevó hasta Recreo, donde su cuerpo fue transbordado al tren que iba hacia Córdoba. Por una vez en la vida, Fray Mamerto viajaría en primera. En la estación Avellaneda lo esperaba gente del alto clero con un suntuoso servicio fúnebre, pero el cuerpo se había hinchado a tal punto que no pudieron meterlo en el ataúd. De modo que Fray Mamerto, lo más parecido a un santo que pudiera pedirse en las Indias, fue sepultado en un ataúd barato junto a la pequeña capilla de la estación.

¿Eso era todo? ¿Así terminaba el camino de aquel hombre venerado que era humilde de veras y llegó a desdeñar el arzobispado de Buenos Aires y que sólo aceptó el cargo de obispo de Córdoba porque el Papa se lo mandó? "Sáquenlo de ahí", ordenó el Presidente. Al día siguiente abrieron la sepultura. Fray Mamerto fue conducido hacia Córdoba para ser embalsamado.

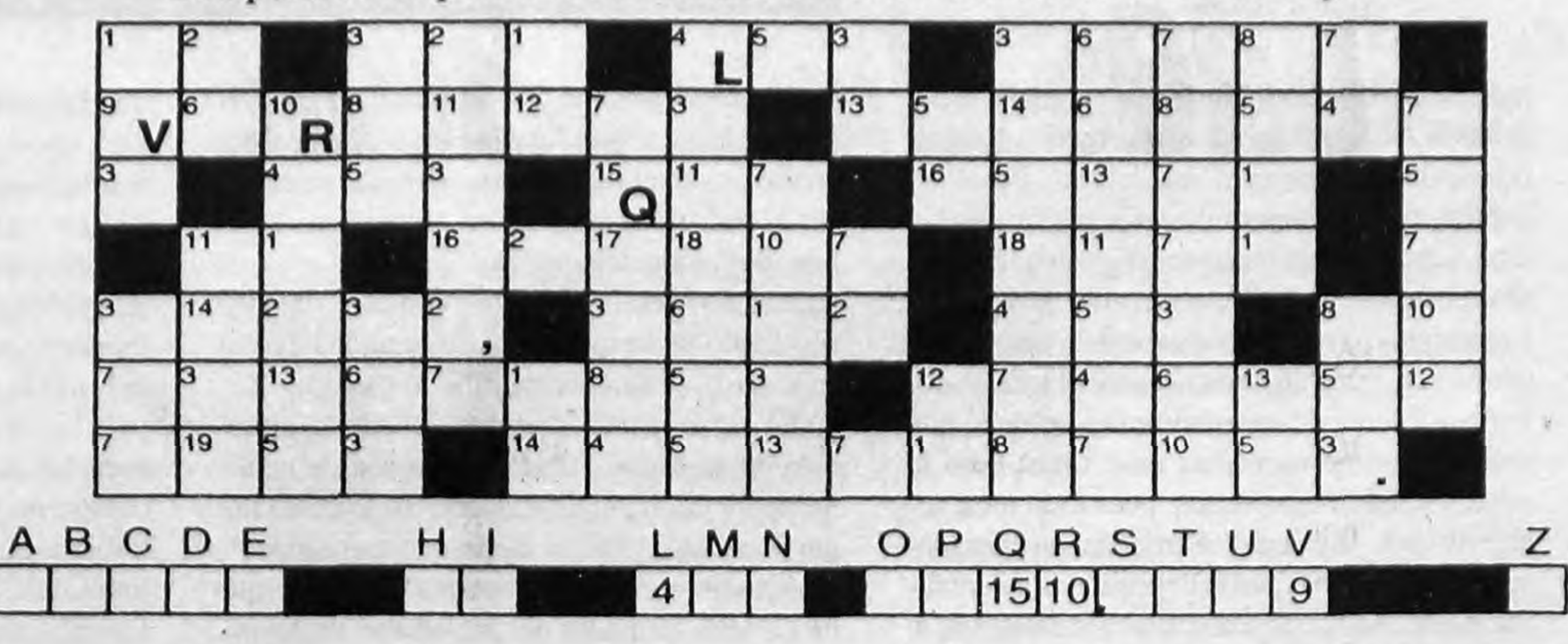
De paso le hicieron la autopsia. Un insidioso rumor corría por la república. Decían que Fray Mamerto había muerto por culpa de una sobredosis de arsénico. ¿Quiénes eran los asesinos? Facciones de la propia Iglesia de Córdoba, si te dejabas llevar por los chismes. Sin embargo el patólogo no halló nada raro y entregó el corazón a Odorico. El hermano de Fray Mamerto tomó la galera hacia Catamarca, decidido a cumplir su promesa. Llevaba el corazón del obispo en una canasta de mimbre que no quiso destapar en todo el viaje. Al embalsamador se le había ido la mano con el ácido tartárico y el corazón estaba prácticamente negro. Cuando se supo que Odorico estaba en el pueblo, los catamarqueños lloraron de júbilo. El corazón fue llevado con grandes honores hasta el convento de San Francisco. (Cien años después lo robaron y luego apareció nuevamente. Nadie podría saber qué habría llevado a esos ladrones a quedarse con el corazón del obispo.) ■

ica, de Eduardo Belgrano Rawson, Planeta (1998).



Criptofrases

Tomando una letra por columna, descubra en cada tablero cinco palabras del tema indicado. Una palabra no puede tener dos o más letras extraídas de una misma fila.

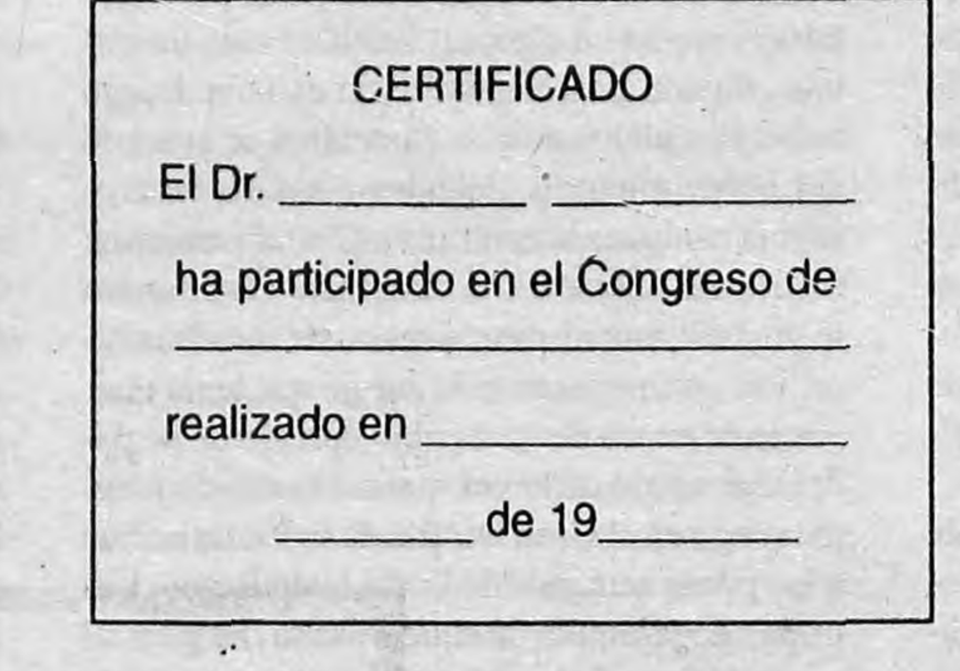




Los especialistas

En la pared de cierto centro médico de Buenos Aires se exhiben varios certificados que hablan muy bien de los especialistas que allí atienden. Usando las pistas y las figuras, descubra en qué rama de la medicina se destaca cada doctor.

1. El certificado del Dr. Romero está justo bajo el del congreso realizado en Posadas y a la izquierda del extendido en enero de 1993.
2. Víctor Junco estuvo en Rosario en 1985.
3. El congreso de Pediatría se realizó en Mar del Plata, durante un mes de octubre, pero no de 1993.
4. En julio de 1989 hubo un congreso de Dermatología.
5. Aníbal Pérez no asistió al congreso de Obstetricia ni al otro que tuvo lugar en Paraná.
6. Mario es primo del Dr. Cordero.
7. Ramón es neurólogo.
8. Un congreso se hizo en marzo y otro, en 1991.



CERTIFICADO
El Dr. ______
ha participado en el Congreso de ______
realizado en ______
______ de 19______

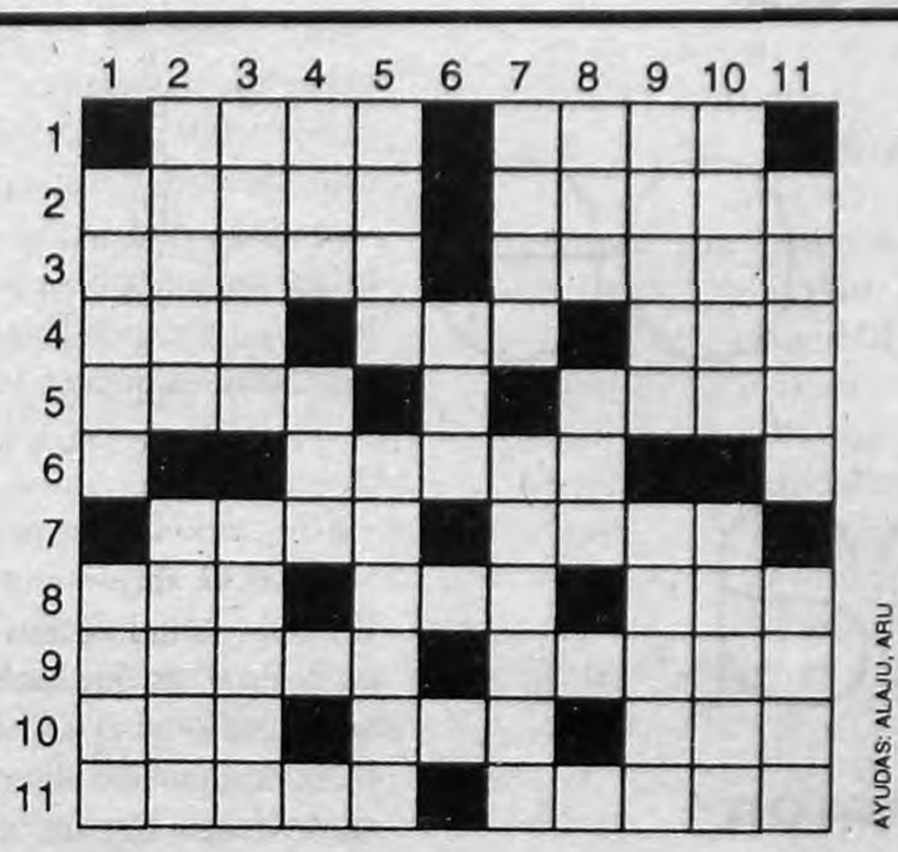
CERTIFICADO
El Dr. ______
ha participado en el Congreso de ______
realizado en ______
______ de 19______

CERTIFICADO
El Dr. ______
ha participado en el Congreso de ______
realizado en ______
______ de 19______

CERTIFICADO
El Dr. ______
ha participado en el Congreso de ______
realizado en ______
______ de 19______



Ortodoxo



AYUDAS: ALAJÚ, ARU

HORIZONTALES

1. Gancho que sirve para armar la ballesta./ Atreveos.
2. Se aplica a la vestidura que llega a los talones./ Listas, catálogos.
3. Alíala./ Liso, plano.
4. Líneas Aéreas Venezolanas./ Nombre del escritor Bradbury./ Avión de reacción.
5. Consonante (pl.)/ Sólido limitado por seis cuadrados.
6. Interés excesivo por el dinero prestado.
7. Jefe supremo de la iglesia católica./ Superior de un convento.
8. Título honorífico inglés./ En inglés, admirador./ Abreviatura de "Noviembre".
9. Planta usada como forraje./ Central eléctrica.
10. Sobrino de Abraham./ Iniciales del hermano de Fidel Castro Ruz./ Isla británica del mar de Irlanda.
11. (Me) me pasmé de frío./ Sin pies.

VERTICALES

1. Tejido delgado y transparente (pl.)./ Pieza principal de la casa.
2. Obtener una cosa realizando un esfuerzo./ En francés, pivote.
3. Pérfido, traidor./ Aro, pendiente.
4. Prefijo: hoz./ Abreviatura de "superficie".
5. Labrar./ Caravana para una cacería en la selva.
6. Archipiélago malayo.
7. Principal aeropuerto de Francia./ Estría.
8. Astro rey./ Especie de cabriolé.
9. Pasta de almendras y especies./ Espíritu.
10. Brillante estrella de la constelación del Cisne./ Legad, dad.
11. Matorrales./ Inútil.

Soluciones

Ortodoxo

■	G	A	F	A	■	O	S	A	D	■
T	A	L	A	R	■	R	O	L	E	S
U	N	E	L	A	■	L	L	A	N	O
L	A	V	■	R	A	Y	■	J	E	T
E	R	E	S	■	R	■	C	U	B	O
S	■	■	U	S	U	R	A	■	■	S
■	P	A	P	A	■	A	B	A	D	■
S	I	R	■	F	A	N	■	N	O	V
A	V	E	N	A	■	U	S	I	N	A
L	O	T	■	R	C	R	■	M	A	N
A	T	E	R	I	■	A	P	O	D	O

Los especialistas

De izquierda a derecha:
Arriba:
Víctor Junco, Obstetricia, Rosario, marzo de 1985.
Aníbal Pérez, Dermatología, Posadas, julio de 1989.
Ramón Cordero, Neurología, Paraná, enero de 1993.
Abajo:
Mario Romero, Pediatría, Mar del Plata, octubre de 1991.

Criptofrases

"No son las siete virtudes capitales las que hacen a un hombre buen esposo, sino las trescientas delicadezas placenteras." Somerset Maugham